



Narrativa Cardinal Argentina

1. CATAMARCA. TUCUMÁN. JUJUY
SANTIAGO DEL ESTERO. SALTA

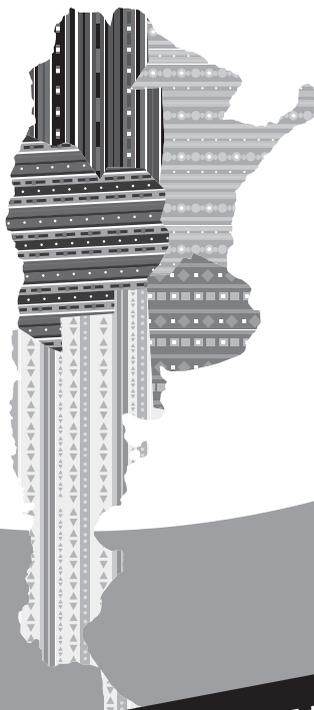


CUENTOS AL SUR DEL MUNDO



Narrativa Cardinal Argentina

1. CATAMARCA. TUCUMÁN. JUJUY SANTIAGO DEL ESTERO. SALTA



CUENTOS AL SUR DEL MUNDO

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Educación

Prof. Alberto Sileoni

Jefe de Gabinete de Asesores

Lic. Jaime Perczyk

Secretaría de Educación

Prof. María Inés Abrile de Vollmer

Secretario del Consejo Federal de Educación

Prof. Domingo De Cara

Directora del Plan Nacional de Lectura

Margarita Eggers Lan

Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto

Canciller Héctor Marcos Timerman

Jefe de Gabinete

Embajador Antonio Gustavo Trombetta

Presidenta del Comité Organizador Frankfurt 2010

Embajadora Magdalena Faillace

Selección, edición y diseño

Plan Nacional de Lectura

Selección

Graciela Bialet, Ángela Pradelli,
Natalia Porta, Silvia Contín y
Margarita Eggers Lan

Corrección

Marta Guyot

Diseño gráfico

Juan Salvador de Tullio

Mariana Monteserin

Elizabeth Sánchez

Natalia Volpe

Ramiro Reyes

Paula Salvatierra

Textos extraídos de la colección Leer la Argentina 2005,
Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación
NOA Noroeste Argentino.

Contacto: planlectura@me.gov.ar

plecturamarga@gmail.com

PRÓLOGO

Cuentos al sur del mundo conforman una antología que pretende “leer” a nuestra Argentina de la cabeza a los pies. En un país cuyas identidades culturales son tan diversas como cada una de las regiones y provincias que la componen, esta pequeña selección quiere mostrar una pincelada de las valiosas producciones que construyen nuestra Narrativa Cardinal Argentina.

El Plan Nacional de Lectura extiende los brazos más allá de sus límites naturales para mostrar al mundo la riqueza de sus palabras y provocar en quienes tengan la oportunidad de recorrer estas páginas la pasión por la buena lectura, por la que trabaja a diario en todos los rincones de la patria.

Esperamos que estos cuentos, seleccionados por cada una de las coordinadoras del Plan Nacional, conozcan nuevos ojos para seguir asombrando al mundo.

Plan Nacional de Lectura
Ministerio de Educación de la Nación Argentina



ÍNDICE



▣ **El desafío**

Juan Bautista Zalazar

Pág. 7

▣ **Los socios
de siembra**

Luis Franco

Pág. 9

▣ **Ligustros**

César Noriega

Pág. 11

▣ **Breve relato
de amor para
una noche
de luna llena**

Celia Sarquís

Pág. 13

▣ **Descomedido**

FRAGMENTO

Elvira Orphée

Pág. 15

▣ **Pretérito perfecto**

FRAGMENTO

Hugo Foguet

Pág. 19

▣ **La escopeta**

Julio Ardiles Gray

Pág. 23

▣ **La víbora verde**

Jorge W. Ábalos

Pág. 27

▣ **Tonto tonto**

FRAGMENTO

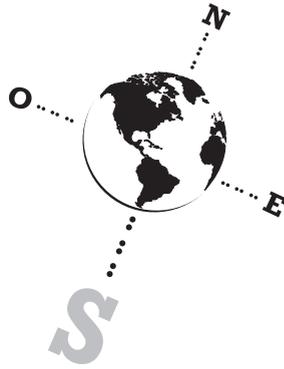
Clementina Quenel

Pág. 30

▣ **Arrepentimiento**

Julio Carreras (h)

Pág. 33



SALTA



JUJUY

 **El circo**

Liliana Bellone

Pág. 36

 **El ankuto pila**

Jorge Accame

Pág. 45

 **Chica, chica boon**

César Antonio Alurralde

Pág. 38

 **Sueños de madre**

Carlos Hugo Aparicio

Pág. 48

 **La creciente**

Juan Carlos Dávalos

Pág. 41

 **El circo**

Héctor Tizón

Pág. 53



CATAMARCA

El desafío

Juan Bautista Zalazar

El JOVEN había bajado por la madrugada hacia el Bordo de las Ánimas. A machotalón había hecho los cuatro kilómetros que lo separaban del pueblo.

Buscó el sitio más oculto entre los cardones, las paltas y las barbadetigre, y tendió sus veinte años a lo largo de la tierra, como queriendo desaparecer en ella.

Así aguarda ahora la llegada del viejo Agenor.

La áspera disputa de la noche anterior en el boliche de Venancio había terminado en las gritadas palabras.

—Mañana nos toparemos en el Bordo. Y ahí veremos...

En su posición domina el terreno. El viejo no puede llegar sin ser visto. Y lo mataría apenas asome. Porque no podía vacilar un instante. El viejo Agenor Campos, debía ya tres muertes. Hince la mirada en el aire, husmea, lo cava con el oído. El silbido de una perdiz se estira por el campo. Cree oír un galope. Busca, escudriña con los ojos. Pero es el pulso de su propio corazón. Se está oyendo la sangre. En el cielo se apagan las últimas estrellas.

El campo se va alegrando con la luz que baja de Dios. Comienza a dolerle el dedo que tiene montado sobre el gatillo del arma. Cada vez más tenso. Está en juego su vida. Entre los cardones quiere levantarse una brisa. Cualquier rumor es amenaza de hombre. El arma le amorti-

gua las manos. No debía errar su tiro. Ya está tardando demasiado el VIEJO.

Pero él no tiene miedo. Lo matará de seguro. Es joven y fuerte.

—¿Qué estás haciendo, muchacho?— la voz del viejo Agenor Campos suena detrás como la trompeta del juicio final. —Dejate de tonteras. Vamos a tomar unos mates en mi casa. ■

JUAN BAUTISTA ZALAZAR

Catamarca (1922-1993). Nació en San Blas de los Sauces, pueblo de Catamarca que perteneció a La Rioja. Es el escritor catamarqueño más popular. Desde 1947 ha publicado varios libros de poesías, y algunos volúmenes de cuentos como: *Cuentos a dos voces* y *Cuentos de Valle Vicioso*. "El desafío" forma parte del libro *La tierra contada*, Colección Ciudad de los Naranjos. La Rioja 2002.

Los socios de siembra

Luis Franco

El zorro era de esos que vienen con vocación de jubilados y le hurtan el cuerpo al trabajo siempre que pueden. Se la pasaba las más de las veces, tumbado por ahí, panza arriba, juntando sol para la noche, o se andaba por pulperías y ranchos cosechando noticias y regando más su garguero que sus siembras, atendido a que su mujer le salvaba la plata, la pobre con su hilera de mocosos colgados de la pretina.

Como era de más bachillería que seso, por lo general buscaba amigos, para tener con quien hablar mal de sus enemigos. Tenía una chacra, que labraba lo menos posible; un día le propuso al peludo que la sembrasen a medias. No buscó socio al acaso. El peludo, muy poco amigo de salir de casa, era labrador de veras, sujeto de pasarse los días, cuando no las noches, revolviendo la tierra. Era un cristiano de advertencia, además, aunque prefería no parecerlo, y en cuanto a conciencia, limpia como el trigo en la espiga. Él lo conocía al zorro con su costal de malicia al hombro, pero éste no lo conocía a él. No chica ventaja.

—Este año, compadre —le dijo el zorro—, será para usted lo que den las plantas debajo de la tierra, y para mí lo que den arriba. ¿Le conviene?

—Como usted disponga —condescendió el peludo, y resolvió sembrar papas. La cosecha fue más que regular, pero al zorro sólo le tocó una parva de hoja rasca.

En la siguiente estación el zorro cambió de naipe.

—En esta nueva siembra es justo que a mí me toque lo de bajo tierra y a usted lo de arriba, ¿eh, compadre?

—Usted lo ha dicho —contestó el peludo llevándole siempre el amén a su socio.

Esta vez sembró trigo, y a fin de año llenó su troje de buen grano, mientras el coludo no supo qué hacer con tanto desperdicio de raíces. Pero no dio el brazo a torcer. La tercera sería la suya.

—Vea, compadrito —le dijo a su socio—, este año, si le parece bien, para usted será todo lo que den las plantas en el medio y me conformaré con lo que den abajo y arriba de la tierra.

Y le echó una de reajo.

—¡Pero muy bien, compadrito! —respondió el cascarudo, frunciendo los ojos en la sonrisa, simulando siempre no sospechar las emponchadas intenciones de su aparcero. Esta vez sembró zapallos. El zaino del zorro no supo qué hacer con las raíces y las flores que le tocaron. ■

LUIS LEOPOLDO FRANCO

Catamarca (1898-1988), ejerció los más diversos oficios: hachero, albañil, trabajador agrícola. Estudió Derecho en la Universidad de Buenos Aires, colaboró en los diarios *La Nación*, *La Capital*, *La Prensa*. Su obra literaria es vasta: *Coplas del pueblo*, *La flauta de caña*, *El corazón de la guitarra*, entre otras. Es interesante su recopilación de cantares populares. "Los socios de la siembra" forma parte del libro *El zorro y su vecindario*, Edición del autor, Buenos Aires, 1987.

Ligustros

César Noriega

Yo estaba en paz con la vida, superando definitivamente su abandono. Pasaba horas leyendo y podando las plantas. Nada hacía presagiar alguna otra contrariedad en mi vida, nada... Hasta que recibí aquel llamado.

Al principio me emocioné. Volví a sentir sensaciones intensas de saberla viva. Hacía tiempo que no la veía y qué grata sorpresa fue que me comunicara que tal día y hora llegaba, que necesitaría verme.

El tren tardó más de lo normal. Ella debe haber sentido la misma furia que yo pensando en los minutos que nos separaban. Al final, llegó con dos horas de atraso.

Esperándola, me había acomodado en un banco frente a la plataforma 23. Acertadamente cargué el termo con el mate, unos bizcochos duros y un par de cigarrillos para menguar la maldita ansiedad. La gente iba y venía, unos se despedían, otros llegaban, todos se abrazaban. Ese panorama agilizó en mi imaginación las distintas formas en que nos abrazaríamos ni bien ella pisara el andén.

Por fin arribó. Dejé todo desparramado en el banco y corrí a la par de los vagones hasta que el tren se detuvo. Alcancé a ver su figura bella y elegante, pronta a descender de un vagón de primera; vestía traje turquesa y tenía el pelo recogido. Alcé mi mano sobre el gentío pero no me vio. El revuelo que produjo la llegada del convoy desde Buenos Aires me imposibilitó acercarme.

Creí perderla cuando ella pisó tierra. Atrás bajó un elegante caballero de traje y sombrero. Ella aguardó unos segundos al pie de la escalinata, después lo tomó del brazo y raudamente se fueron en un taxi.

Quedé parado en medio del sombrío andén que comenzaba a vaciarse. Ahí, tratando de ordenar mis ideas.

Regresé al banco, metí las cosas en la mochila buscando la calma imposible. “¡Malditos desgraciados!”, grité pero nadie se dio vuelta.

Salí a la calle y tomé un colectivo hasta mi casa. Su casa.

Fui hasta el galpón del fondo, empuñé firme la tijera de podar. Entré a la cocina, encendí la radio a todo volumen, puse la pava en la hornalla, la manguera en las plantas y volví a podar los ligustros. ■

CÉSAR NORIEGA

Nació en La Merced, Catamarca, en 1960. Ejerció la docencia primaria y secundaria, y actualmente es librero y capacitador en el Centro Provincial para la Promoción de la Lectura y la Escritura, en el Ministerio de Educación de su provincia. Textos de su autoría integran la antología *Lapacho florido y otros cuentos* (2000). Su libro *Caricatura del tiempo* fue editado por la UNCa. El cuento “Ligustros” es inédito y fue facilitado por el autor para esta compilación.

Breve relato de amor para una noche de luna llena

Celia Sarquís

La puerta estaba entreabierta. Al entrar a esa hora de la noche, sin aviso, corría el riesgo de ser confundido con un delincuente. Se arriesgó y en puntas de pie, llegó al dormitorio donde ella dormía.

Luego de unas suaves caricias, como quien despierta a un niño, le habló:

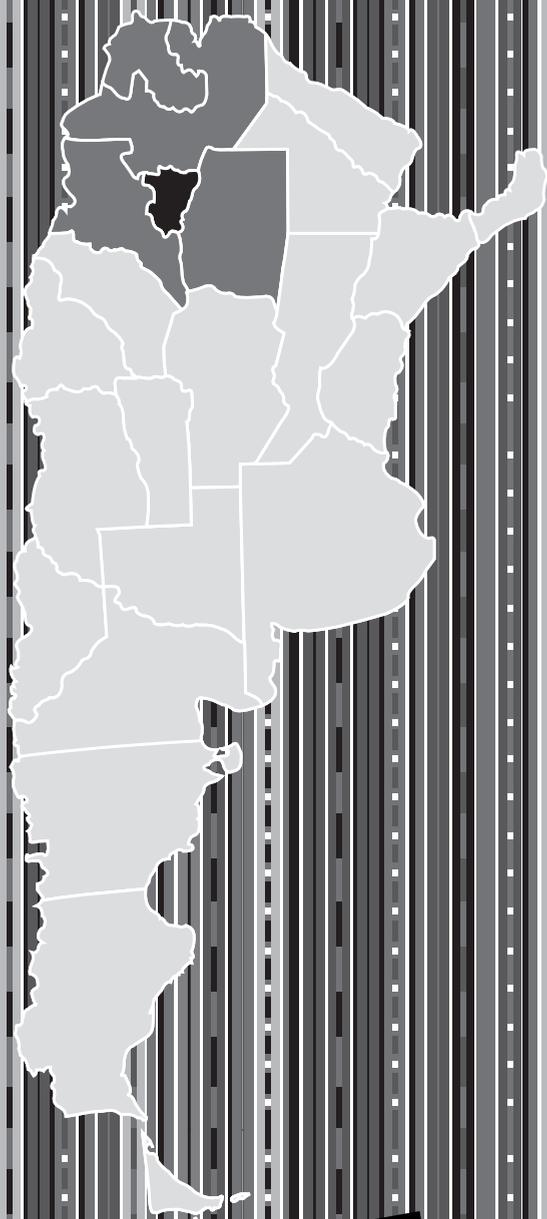
–Soy yo y vengo a robarte el corazón.

Corazón de urpila, corazón de luna llena, esa noche...

Desde esa noche siento el latido lejos y tengo el sueño de un ladrón. ■

CELIA SARQUÍS

Nació en Catamarca en 1966. Es docente de Música y de Letras, y actualmente está a cargo del Departamento Gestión en Patrimonio Documental Histórico de Catamarca. Poeta y narradora, coordina talleres de escritura. Ha editado los títulos de poesía *La voz del río* (1989), *Y le tira la lengua a la memoria* (1994). Este texto es inédito y fue facilitado por la autora para esta compilación.



TUCUMÁN

Descomedido

FRAGMENTO

Elvira Orphée

En nuestro pueblo no llueve nunca. Para Semana Santa, las estaciones del Calvario se arman con flores, y aparecen como dibujadas las figuras de los santos y de Cristo, con cara y todo. Y así siguen, bien nuevitas el año entero porque el aire seca las flores con sus colores y figuras tal cual estaban cuando nacieron. Pero cuando a la lluvia le entra el capricho, una vez cada tanto, se lleva todo lo que se ve y lo que se esconde, esté sobre o bajo tierra.

Hace cinco días, antes de que mi suegro volviera, andaba yo por la plaza, mejor dicho, por la vereda del señor Arimayo, que viene de Bolivia a su hermosa casa de aquí, con un farol de hierro en frente que ni los de las tarjetas postales se le comparan.

Había ido a venderle unas figuras de pesebre que hizo mi marido, y aunque me quisieron decir que no las mujeres que le atienden a la puerta, yo les dije: no tanto no, que cuando él se entere de que ni en Bolivia encontrará figuras como estas —y yo le mandaré al cura para que lo entere— ustedes no van a volver a tener en su vida un sueldo más malganado que éste. Las mujeres me ojearon, rabiosas, pero me hicieron pasar.

Y el señor Arimayo se encantó con las figuras. Pero se hacía el tonto como si no le interesaran. Y yo, muy desentendida, dije que me las llevaba porque santos tan verdaderos eran hasta capaces de mirarlos, y que seguro me convenía más tenerlos en vez de dejarlos que se fue-

ran a hacer llover en Bolivia. Ni terminó de reírse el señor Arimayo, cuando sonó un trueno que debe de haber quebrajeado media montaña. Me voy antes de que llueva, dije, y salí corriendo con los santos y el señor Arimayo detrás. Apenas cruzar la calle, y ya nos asaltó la lluvia como con espadas. Nos refugiarnos en la entrada de la iglesia, aunque él hubiera podido volverse a su casa, pero ¡qué! se había enamorado de los santos y ya no se sentía capaz de vivir sin ellos.

La tormenta era de rompe y raja. Yo tenía ganas más de verla que de discutir con el señor Arimayo. Estaba segura de que a esa herradura de montaña que tenemos como un arco iris permanente, le iba salir una compañera gracias a algún rayo que vendría de adentro para juntarse con otro venido de afuera y entre los dos partirían la montaña como a una torta, dejándole una melliza a la otra herradura, con capas lilas, amarillas, violetas, rosadas y hasta negras. Esperando estaba que apareciera el corte, y sin apurarme por el señor Arimayo, enamorado de mis santos. Pero él se puso tan porfiado que ni me dejaba ver tranquila la tormenta; y ya me agarraba los brazos siguiéndome los santos, cuando al cura se le ocurrió salir al pórtico. Vio lo que vio, se persignó, levantó la mano para hablar de la cólera divina pero merecida por los infatigables pecadores que aprovechan hasta de un sitio sagrado y un momento así para sus apetitos, y señalaba con un dedo la torta de la montaña que se estaba achicando con tanta lluvia, y con otro dedo la plaza, de donde el agua se llevaba enteros macizos de planta. Y de repente su dedo se encontró señalando una especie de carroza sin rueda que se paseaba sobre ese mar y que no supimos qué era hasta que empezaron a pasar otras, ya sin tapa.

El agua nos empujó para adentro y allí subimos la escalera y miramos todo desde la ventanita alta. La mayoría de las carrozas andaba sin tapa por la plaza, y tan desajustadas, que alguna calaverita de aquí, un esqueletito de allá, venían navegando desde el cementerio, que queda cuesta arriba. Los cajones habían sacado sus muertos a pasear.

Desde la ventanita distinguimos a los de la comisaría, al otro extremo de la plaza, moviendo los brazos como delirantes. Yo dije que estarían buscando a quién meter preso por el desorden, y el cura se volvió a acordar de mí y del señor Arimayo para acusarnos de haber roto el cielo en esa forma y de mezclarles a los pobres muertos sus esqueletitos para que ahora en el pueblo las familias tuvieran muertos bastardos. Y así hasta casi llorar y arrepentirse de haberme recomendado para nuera de un hombre decente. Si no me dejaba hablar, yo ¿qué iba a decir? Pero de repente el señor Arimayo salió de su pena por los santos perdidos y de la admiración asustada por las hermosas flotaciones de los muertos, y le dijo al cura que quería los santos, no mis brazos, pero que yo era una cabeza dura y una ofendida, que él ni me había pedido precio cuando yo ya me estaba yendo. A ver qué santos son

esos, dijo el cura. Se los tuve que mostrar y, ya se sabe, los curas son muy interesados y quieren que se les regale todo lo que ven. Si la gente que tiene lo que ellos quieren es rica, le prometen el cielo para que se los dé, y si es pobre, le prometen el infierno porque no se los da. Pero a mí no supo qué prometerme cuando dije:

—No. Me quedo yo con los santitos, así cobro para hacer llover.

Bruja y usurera me llamó, pero yo no me le callé.

—Por bruja y usurera en mi casa no falta nada.

Finalmente nos amigamos. Le vendí un santito al señor Arimayo por el precio que le hubiera cobrado por cuatro si no se hubiera hecho el desinteresado. Le dije al cura que le pediría permiso a mi marido para darle otro, siempre y cuando él me dejara llevarme verduras de su quinta, pero que nadie me sacaría los dos que me quedaban por lo milagrosos que habían demostrado ser todos (claro está, no le dije que eran medio chambones en sus milagros) ya que es mejor vivir entre milagros que sin milagros del todo. Él mismo debía reconocer cómo los necesitaba la pobre gente humana para no caer en el pecado y, quién sabe, de no haber hecho el milagro de la lluvia, si el señor Arimayo no habría terminado enamorándose de mis brazos de tanto tocarlos. El cura se enojó un poco y me llamó al orden: ¿Qué es esa falta de respeto por la falta de prosapia? El señor Arimayo se hubiera vuelto cuchillo para cortarme, pero con tal de tener el santo, y algunos otros en el futuro, habría sido capaz de aprobarme cualquier cosa. De modo que, sacando los santitos de mi canasta, los conformé a los dos. Y después, cuando ocurrieron los demás hechos, me puse a pensar si no habré sido la razón de que “el señor” volviera a su casa traído por la corriente sobre un ataúd bien abierto. Ese carpintero del pueblo trabaja sólo para que no empecemos a curiosear lo que realmente hace, porque de sus cajones no se puede decir que sirvan para la eternidad.

Pero eso sí, mis santitos debían estar esperando que alguien creyera en ellos porque apenas dije que hacían milagros, sin averiguar el resto, ahí nomás se pusieron a soltar a los muertos.

Si “el señor” estaba embarrado o no cuando apareció en el patio, nadie me lo pudo o quiso decir. Limpio o embarrado, nadie tampoco le quita el descomedimiento de presentarse donde no lo llamaban. ■

ELVIRA ORPHÉE

Nació en 1934 en Tucumán y actualmente vive en la Capital Federal. Ha publicado, entre otros libros: *Uno* (1961), *Dos veranos* (1965), *Aire tan dulce* (1967), *En el fondo* (1972) y *La última conquista del ángel* (1983). Este cuen-

to, del que aquí se reproduce el fragmento final, fue publicado en la revista *Puro Cuento* y en el libro *La otra realidad. Cuentistas de todos los rincones del país*, Colección Desde la Gente, IMFC, Buenos Aires, 1994.

Pretérito perfecto

FRAGMENTO

Hugo Foguet

Te hablo de la Solanita pero no para darte celos. Solanita es otro costado de mi corazón... su perfil afilado, su nariz aguilena, sus ojos, un poco grandes para su rostro, oscuros y yucumanos, su pelo lacio y sedoso como una cascada de semillas de lino y también su locura, su sangre caliente, su metabolismo acelerado, los nervios para tirarse el pelo hacia atrás, para encender un cigarrillo, fumar, reír, cruzar las piernas. Un animal de raza; un producto final de una especie casi extinguida. La Solanita a las dos de la mañana entre hojas de filodendro y macetones de helechos y con luna en el patio de la casa del profesor Santillán; el rectángulo de cielo alto entre paredones tapizados de hiedra, el aljibe de azulejos y Solanita dejando caer el balde mientras se queja de los maridos que no entienden y los hijos que se pegan como lapas a la madre

—Pero si está clarito, Max —me dice mientras la ayudo a cobrar de la cadena—, el canasto es el útero, la peligrosa solicitud de la nada. Querés abandonarte, Maximiliano, hundirte en el mar, en lo uniforme y definitivo.

—Estupideces —le retruca el marido que bebe whisky con Santillán.

—Estupideces —repite Solanita y me toca las manos y llevándome hasta la luz de un farol medio escondido entre las plantas, empieza a leer en las líneas y quién lo hubiera imaginado, dice, porque parece ser que tengo unas potencialidades bárbaras y me mira con pena haciéndome sentir un puro desperdicio, un frustrado, un condenado a la infe-

licidad de quemarse el seso en una oficina contable. Ella pregunta y yo bajito le digo Sagitario y es el momento, entre dos tragos de whisky, para que el centauro brinque entre las plantas con el arco extendido.

—No puede ser —dice Solanita—, un signo de fuego para vos que sos un api.

Le digo que soy escondedor y la beso y Solanita me abraza y ríe.

—Estupideces —dice el marido—. Esperá que te lo presento. Las mujeres se hacen pis por él... atlético, rubio como una walkiria masculina; tiene un testículo universitario, perdón, quise poner título, que no usa, o mejor lo usa en cualquier cosa menos en calcular trapiches o trenes de fabricación, pero el marido es un tipo de tres millones y medio o cuatro según haga public relations o determine la curva de incidencia de los masajeadores en la felicidad conyugal. —Y otra vez dice estupideces, pero sin mirarnos y cuando le estoy faltando a la Solanita con el pensamiento, que es lo que se merece por esta Solanita tan chura y subversiva que me dice “mirá, yo soy una convencida de la astrología y hasta de la botánica, si viene al caso, pero a éste no hay dónde encasillarlo”. Y es verdad. Y otra vez le hago el amor, esta vez con la ventana abierta y el aroma del magnolio en la almohada. Se lo cuento y Solanita ríe, quiere un cigarrillo, fuma a grandes pitadas y bebe whisky y no para de hablar.

—Así que naciste el mismo día que Rilke. Qué gracioso que no hayas podido olvidártelo.

—Pero no es cierto. No me importa Rilke y lo que conozco lo sé por Cienfuegos que, él sí, pasó por unas calenturas rilkeanas, allá por el 48. Sólo me acuerdo de unos versos que Juan Bautista repetía y me animo a recitarlos embalado por el whisky y los dientes largos de la Solanita que ríe con toda la boca.

*A vosotros, que jamás dejasteis de acompañarme
yo os saludo, viejos sarcófagos...*

que a Solanita no le dicen nada. Ella prefiere a los norteamericanos, Whitman y Pound.

—No me gusta esa clase de hombre rodeado de amigas como gallinas cluecas y que vive en castillos prestados —y agrega entre sorbo y sorbo—: Tenía los ojos tristes y los labios sospechosamente gruesos. Además era sietemesino.

—Definitivo —dice el marido del otro lado del patio.

—Pobrecito —murmura Solanita—, está tomando unos baños de cultura con la secretaria, una carbonada criolla para ejecutivos nacionales... una picada para no quedarse mudo al estilo de los diez mejores

libros, etcétera. Y volviendo a nuestro tema (tengo sus muslos al alcance de mis manos porque está sentada en el brocal del aljibe y hamaca una pierna echándose para atrás, sobre el ojo mismo del pozo, que me da miedo, Solanita borracha), Miguel en el canasto de panadería.

—¿Era de panadería?

—Dijiste que era un canasto de panadería. Uno de esos canastos que se ponen arriba de una zorra.

—Aceptado. Era un canasto de panadería.

—¿Y vos querías uno igual?

—Ya te dije que al principio me gustaba el Spyker.

—Y decime: ¿De dónde mierda sacaste esos autos de museo?

—De la colección de Match Box que tiene Yuffa.

—Entonces el sueño lo inventaste.

—No. El sueño lo soñé.

—Es muy complicado. Mejor se lo preguntamos a Ezequiel.

Ezequiel Etchepare Cifuentes es el psicoanalista... una clase de tipo seguro de sí... equilibrado... que piensa que tiene el mundo agarrado de las pelotas... persona que a mí difícilmente me pasa pero que en el caso de la Solanita la pegó, aunque haya reaccionarios que extrañen a la Solanita mística (bellísima, eso sí), tragahostia, que volvía pisando nubes del altar mayor de Santo Domingo, con los ojos tan bajos y las manos apretadas contra el pecho, mujer-ángel, humildísima, destilando un olor a nardos y azucenas que así huele la virginidad consagrada... y dicen que se bandeó, que se fue a la otra punta, medio libertaria y pitadora, vital, contradictoria, puteadora, de carne y hueso, mujer al fin y deseable y cuanto mejor aunque se sienta infeliz a veces y sufra. Vos sabés lo que pasa: de pronto el iceberg deja de ser la puntita que vos creías y aparece todo lo demás, lo que está debajo del agua, lo oculto por las capas de cultura, educación, represiones que te infligieron. Pero ya la conocerás mejor. De a poco te la iré mostrando, un rato como es ahora y otro de unos años atrás, como ese montaje que una vez pensamos para San Miguel, la ciudad que dentro de algunos años nadie conocerá, por suerte, y yo tampoco extrañaré y ahora que lo pienso ¿no será por eso que la soñé tan fría e impersonal y a punto de abandonarla en esos autitos flotantes? Es cosa jodida el inconsciente pero difícilmente se equivoca. En rigor no se equivoca nunca. Ahí está el secreto. ■

HUGO FOGUET

San Miguel de Tucumán (1923-1985). Egresado de la Escuela Nacional de Náutica, recorrió todo el mundo como marino. Poeta y narrador, recibió importantes premios y alcanzó un notable reconocimiento crítico. De prosa original y vertiginosa, que combina lo coloquial con erudito, cabe citar algunos de sus títulos: *Hay una isla para usted* (1962); *Advenimiento de la bomba* (1965); *Frente al mar de Timor* (1976); *Pretérito perfecto* (1983, novela de la cual hemos tomado este fragmento); y *Convergencias* (1985). De su obra poética: *Lecturas* (1976), *Los límites de la tierra: en el canal* (1980) y *Nafragios* (1985).

La escopeta

Julio Ardiles Gray

Avanzó entre los naranjos. El sol caía con tanta fuerza que le obligaba a entrecerrar los ojos. La paloma saltó entonces de una rama a otra, y a otra, y se perdió por entre el follaje bien alto. Con la escopeta levantada, Matías se acercó hasta el tronco del árbol. Pero por más que examinó hoja por hoja, no pudo dar con la paloma. Extrañado, se rascó la nuca.

De pronto, sobre su cabeza sintió un ruido. Volvió a fijarse. Arrebujado entre unas ramas, había un pájaro. No era su paloma; era un pájaro de un color entre azulado y ceniciento. Con cuidado, Matías apoyó el arma en el hombro y levantó el gatillo.

“Ya que no es la paloma —se dijo— no me voy a volver a la casa con las manos vacías”.

Pero en ese instante, el pájaro saltó a una horqueta, sacudió las alas e hinchando la gola se puso a cantar.

Matías, que ya había llegado al primer descanso, abandonó el gatillo y escuchó.

“Qué extraño —se dijo—. Jamás he escuchado cantar a un pájaro como este”.

El trino, en el redondel de la siesta, subía como un árbol dorado y rumoroso. A Matías le pareció que más que el canto del pájaro, lo que se desgranaba eran las escamas amodorradas de la siesta misma. Y le

comenzó a entrar un sopor dulce, unas ganas de abandonarse a los recuerdos de los tiempos felices y de no hacer nada más que escuchar el canto del pájaro que seguía subiendo, esta vez como un perfume agrídulce y verde.

Para escuchar mejor, dejó caer la escopeta a un lado y arrastrando los pies se acercó al árbol para apoyarse en el tronco. El pájaro había desaparecido, pero su canto continuaba flotando en el aire. Y no pudo sustraerse a la tentación de mirar al cielo y levantó los ojos. Allá arriba, entre unas nubes ociosas que desflecaban gigantescas flores de cardo, dos grandes pájaros negros volaban en lánguidos círculos inmensos. Matías, entonces, no supo distinguir si la dulzura que sentía venía del canto de aquel pájaro o de las nubes que se desvanecían como borrachas a lo lejos.

El canto, entonces, se acabó de improviso. Los pájaros y las nubes desaparecieron y él volvió en sí.

“Me estoy volviendo muy abriboca” —se dijo mientras sacudía la cabeza.

Buscó la escopeta pero no la encontró donde creía haberla dejado. Caminó más allá, volvió más acá, pero el arma había desaparecido.

—¡Esto me pasa por tonto! —gritó en voz alta.

Y todo lo que hizo después fue en vano. Al cabo de una hora, ya cansado, se dijo:

“Me iré a la casa a buscar a mi muchacho. Entre los dos la vamos a encontrar más ligero. No puedo perder así un arma tan hermosa”.

Y se lanzó cortando campo hasta alcanzar el callejón.

Al entrar al pueblo fue cuando comenzó a sentir algo raro. Estaba como desorientado: echaba de menos algunos edificios y otros le parecía que nunca en su vida los había visto. A medida que avanzaba la sensación iba en aumento. Y al llegar a su casa, el miedo le sopló en la cara un presentimiento vago, pero terrible.

Penetró en el zaguán. En el patio, cuatro chicos jugaban y cantaban. Al verlo se desbandaron gritando:

—¡El Viejo...! ¡El Viejo...!

Una mujer salió de una habitación sacudiéndose las hilachas de la falda. Matías balbuceó con un hilo de voz:

—¿Quién es usted...? Yo busco a Leandro...

La mujer lo miró largamente y frunció el entrecejo.

—¿Qué dice, buen hombre? —dijo.

—Busco a Leandro —tartamudeó Matías—. A mi hijo Leandro... Esta es mi casa.

—¿Su casa? —dijo la mujer.

—¡Sí. Mi casa! —gritó Matías—. La casa de Matías Fernández.

La mujer hizo un gesto de extrañeza.

—Era... —dijo sonriendo con tristeza—. Nosotros la compramos hace veinte años cuando desapareció don Matías y todos sus hijos se fueron de este pueblo.

—¡Qué! —gritó Matías, levantando las manos como para defenderse.

—Sí... —asintió la mujer temerosa.

Entonces, Matías se fijó en sus manos y se dio cuenta de que estaban arrugadas, muy arrugadas y trémulas como las de un hombre muy viejo. Y huyó despavorido dando un grito. ■

JULIO ARDILES GRAY

Nació en Monteros, provincia de Tucumán, en 1922 y falleció en 2009 en Buenos Aires. Docente y periodista, ha escrito poesía y teatro pero se destaca, sobre todo, como narrador. Su obra poética: *Tiempo deseado*, 1944; *Cánticos terrenales*, 1950. También ha escrito obras de teatro: *Égloga, farsa y misterio*, 1963; *Vecinos y parientes*, 1970; *Fantasmas y pesadillas*, 1983. De sus textos narrativos pueden citarse: *Los amigos lejanos*, 1956; *Los médanos ciegos*, 1957; *El inocente*, 1964; *Las puertas de El Paraíso*, 1968; *Historias de taximetreros*, 1976; *Como una sombra cada tarde*, 1979; *La noche de cristal*, 1987 y *Cuentos amables, nobles y memorables*. (San Miguel de Tucumán, 1964) de donde fue tomado este cuento que apareció también publicado en *35 cuentos breves argentinos* (Buenos Aires, 1999).



SANTIAGO DEL ESTERO

La víbora verde

Jorge W. Ábalos

— **iS** eñor!... ¡Señor!... En el mistol del cuadro del alfa hay una víbora. ¡Es una víbora verde!

Este último dato me daba el chico de la casa mientras procuraba alcanzarme en la rápida carrera que inicié al oír sus primeras palabras.

El lugar indicado era cercano y no tardé dos minutos en llegar al pie del árbol.

—¡En esa rama estaba reciencito! —jadeó mi informante.

—¿Adónde?... —no podía yo ubicar a la serpiente en el gran mistol.

—¡Allí!... ¡Allí!...

Logré verla cuando se deslizaba suavemente por los gajos más altos.

Era un hermoso ejemplar de *Chlorosoma baroni* de más de dos metros de largo. El verde claro de la serpiente se confundía notablemente con el color de las ramas y de las hojas. Con su elegante deslizarse parecía nadar entre el follaje. En ese momento adelantaba su esbelto cuello y se destacaba contra el cielo su fina cabeza y el hocico, que se prolongaba formando una trompita respingada.

Es esta una culebra muy agresiva, y su captura resulta siempre dificultosa por la velocidad con que se desplaza entre las ramas.

Observé el terreno, el suelo era limpio y ningún árbol cercano daba posibilidades al reptil de pasarse por los gajos altos. Indiqué al chango y a los peones que se habían reunido, que no la perdieran de vista, para que una vez yo arriba me orientaran hacia donde ella estaba.

Uno de los peones insinuó, tímidamente:

—Tenga cuidado, señor; esas víboras verdes saben chicotear muy fuerte con la cola. No vaya a ser que en una de esas lo voltee de un colazo...

—Lo que yo quisiera saber es de dónde sacan ustedes todas esas macanas.

—Y bueno, señor; así dicen...

Subí por el grueso tronco del mistol que se bifurcaba, en gruesas ramas, a unos tres metros del suelo, y comencé la cacería armado de un palo largo y delgado.

La serpiente inició la huida escabulléndose entre las hojas. Desde abajo me guiaban en la persecución. Quería obligar a la culebra a bajar, o bajarla con un golpe de mi vara, pues en tierra es menos ágil. Yo me le acercaba procurando ponerla a mi alcance. Ella se deslizaba hábilmente de un gajo a otro en lo alto del árbol.

La persecución se prolongaba y aunque muchas veces la tuve a tiro, ella era más rápida y eludía velozmente mis ataques. Dos o tres resbalones que di me obligaron a ser más cauto en mis movimientos. Ahora comprendía el valor del uso de la cola en mis antecesores zoológicos.

A veces, la culebra se quedaba quieta y me dejaba acercar, mirándome con sus ojillos de pupila circular; yo lanzaba el golpe y cuando creía haberla alcanzado, aparecía ella, socarrona, en alguna rama alejada.

Lo inútil de mis esfuerzos comenzó a impacientarme. Parecía a veces que la serpiente se burlaba de mí. Algunas risitas de los mirones aumentaba mi irritación. Hacía calor y transpiraba abundantemente. Me quité la camisa y el pañuelo de cuello y los arrojé al suelo.

La cosa iba para largo y mi impaciencia crecía. Luego de una serie de ataques infructuosos de mi parte eludidos por elegantes quites de la serpiente, en una magnífica estirada en la que pareció volar el verde reptil alcanzó los gajos de la otra gran rama del árbol, dejándome sin chance. Hube de descender, rezongando, hasta la bifurcación del tronco para alcanzar el sector en el que se deslizaba ahora la culebra.

La perdí de vista. Desde abajo no lograba ubicarla. Comenzaba a subir por la otra rama, cuando al apoyarme en un gajo la serpiente, que estaba oculta entre las hojas, en un rápido ataque me asestó un furioso picotazo en la mano. No pude evitar un brusco movimiento de sorpresa y me desarbolé, dando con mi humanidad en el suelo.

Me incorporé dolorido y me arranqué blasfemando los dientes de la serpiente que tenía incrustados en la mano. Nadie me dijo nada; pero todos “sabían” ya que la víbora me había derribado de un colazo y que a raíz de eso se me secaría, a través de los meses, la región alcanzada por la cola.

Por mi parte, no les perdonaba que hubieran presenciado el soberano porrazo. Agarrando un grueso garrote que encontré a mano, subí nuevamente al árbol.

Aquello no fue ya una cacería sino una persecución ensañada. No era el naturalista aficionado en busca de una pieza para sus colecciones sino un hombre encolerizado que procuraba matar a su antagonista. La “serpiente esbelta”, el “hermoso ejemplar”, la “culebra magnífica” era ahora “la víbora”, la “culebra traicionera, inmunda y asquerosa”.

Subía sin reparar en las ramas y las espinas: me arañaba y rasgaba la ropa; pero continuaba subiendo y lanzando furiosos garrotazos en cuanto creía tenerla a tiro. La serpiente eludía serenamente mis ataques. Aquello era la lucha entre la inteligencia y la fuerza bruta. Algunas ramas crujían a mi peso: pero yo continuaba la persecución sin preocuparme por ello.

Al fin, cuando intentaba la serpiente pasar de una rama a otra su cuerpo se destacó contra el cielo; le arrojé el garrote, que la cogió por el medio y la arrastró, cayendo al suelo. A duras penas logré equilibrarme para no acompañarla en la caída.

Regresé a la casa sudoroso, arañado, la ropa inutilizada: pero satisfecho. Una vez más había triunfado la fuerza bruta. ■

JORGE WASHINGTON ÁBALOS

Nació en 1915 en La Plata, Provincia de Buenos Aires, y toda su vida, hasta su muerte en 1979, transcurrió en el norte del país. Fue docente rural en Santiago del Estero y profesor universitario en las universidades nacionales de Tucumán y Córdoba. A raíz de la muerte de una alumna de su escuela, picada por una víbora, comenzó a estudiar zoología médica, en particular sobre animales venenosos y transmisores de enfermedades y llegó a ser director del gran serpentario (en Córdoba) que produce venenos para la elaboración de sueros que protegen contra las picaduras de víboras. Esta experiencia nutrió toda su obra literaria: *Shunko*, *Norte pencoso*, *Animales*, *leyendas y coplas*, *Coplero popular*, *Shalacos* y *Terciopelo*, *la cazadora negra* (Buenos Aires, 1981) al que pertenece el cuento “La víbora verde”.

Tonto tonto

FRAGMENTO

Clementina Quenel

Un suceso vino a rebalsar las preocupaciones secretas del muchacho.

Ocurrió que una mañana, de esas que guardan olor a alba limpia y gusto a pasto tierno, mientras el Taruca le alcanzaba el mate a don Delivano, éste lo mandó a despachar “un cinco*i* azúcar”. Tal vez, el muchacho dejó caer la cuchara más de lo preciso, intencionado, o quizá estuvo en la luna, pero el ojo avizor del bolichero apreció la generosidad del paquete hinchado.

—Bobo *i'* maula... ni pa despachar sirves asoliao¹... —y le asentó con ganas dos sopapos sobre la cara. El Taruca, que ya había probado en otras ocasiones las iras del patrón, quedó con los ojos clavados en el hombre, sin pestañear, y como un pescado entero se le atravesó en la garganta.

Pero, de golpe, saliéndose del cuerpo, de un latigazo quebró las patas del tero familiar del patio. Nunca hubiera sospechado él mismo aquel ímpetu.

Desde ese día, anduvo hirviendo lágrimas, lejos de la casa, mirando atontado las lilas y oros de las tardes difuntas, colgando la honda ociosa.

Casi lloraba por el tero, y en desemejanza cruel contorneaba chirlos en sus propias piernas. A pesar de ello, se sentía sacudido por un áspero desconuelo que le punzaba en su terca y muda naturaleza, y algunas veces llegó a esconderse en un montecito de mistoles bus-

cando alivio en su costumbre de soledad y en su armónica hermana...

Una noche, angustiante dijo:

—¡Mama yo me voy... a la juerza me voy! Pa cualquier lao hi hallar² trabajo, pó... Venga usted pa que me lo cocine...

La madre, dándose vuelta se puso a sollozar, hablando despacio:

—Dejuro eso andás pensando...

Más tarde, Taruca debía pegar rodajas de papas sobre las sienes de la Casia para aliviarle el dolor de cabeza que la tumbó al catre. Y de ese modo pactó en silencio con la madre, y siguió atado en hosquedad a la vida del boliche, recibiendo siempre, a cambio de la asiduidad las pilchas que heredaba de don Delivano y que a Taruca le entraban a duras penas, reventando. Así un año y otro, con intermitencias silenciosas o ariscas, con una íntima consolación que le ayudaba en sus penumbras, el muchacho fue desovillando mundos y atisbos de hombre en la punta de sus quimeras adolescentes. Un alarde duro comenzó a borrarle las luces infantiles que estiraban en sus ojos. Los cabellos, caídos en mechas como plumerillos de aibe³, chorreaban en el rostro pecoso su desgarrada expresión. La boca fofa, se asorachó caliginosa⁴, sería, mientras zanjones de visajes acompañaban sus pocas palabras. Ya había comenzado a golpear el bombo en algunos bailes y a ambular largas horas buscando changas, que lo ausentaban muchas tardes de la casa. Hasta que, tiempo arriba la conscripción le abrió mundos esperados con secretas esperanzas, y le hundió ásperos grumos de dolor: ya era mozo...

Para fines de diciembre partió una mañana limpia, bruñida y quieta de azul, todavía desparramados los olores de la noche sobre el poncho y la alforja que amanecieron al campo en la espera de su dueño. Tampoco olvidó la armónica que se acercaba a él con dulzuras de hermana, cuando el alma se le hacía forma de tronco. Llevaba dos lágrimas pesando en los ojos, y de lejos aun alcanzó a ver a la Casia parada como con raíces en la tranquera del aguaribay⁵.

Ya era mozo, Juan de Dios. ■

¹ asolio: asoleado: torpe.

² hi hallar: he de hallar.

³ aibe: pasto duro que prospera en los cerros.

⁴ caliginosa: oscurecida, densa.

⁵ aguaribay: árbol utilizado por los jesuitas para elaborar medicamentos.

CLEMENTINA ROSA QUENEL

Santiago del Estero (1908-1981). Abordó diversos géneros literarios: el cuento, la poesía y la novela. Recibió numerosos premios y obtuvo el total reconocimiento a su obra por parte del pueblo santiagueño. Algunos de sus libros: *El bosque tumbado*, *Poemas con árboles*, *Elegías para tu nombre campesino*. También editó obras de teatro: *La Telesita* y *El retablo de la Gobernadora*. El cuento "Tonto tonto", del que aquí se reproduce un fragmento, forma parte del libro *La luna negra* (Tucumán, 1952) y apareció también publicado en el libro *Antología. Cuentos Regionales Argentinos: Catamarca, Córdoba, Jujuy, Salta, Santiago del Estero y Tucumán* (Buenos Aires, 1999).

Arrepentimiento

Julio Carreras (h)

Padre, perdóneme: ¡he pecado! —exclamé, en un súbito raptó de compunción.

El sacerdote estaba inmóvil en su casilla de confesor, frente a mí.

—Tenga piedad de este miserable gusano... ¡no me niegue su absolución! —imploré.

Los ojos fríos del padre estaban fijos en mi rostro; pero nada me respondía.

—¡Oh!... ¡Qué torpe y perverso he sido, frágil hoja de alerce, juguete inerte en el torbellino de mis innobles pasiones! ¡Violento y cruel, irreflexivo, temerario desafiador de la ira de Dios!...

El sacerdote no se movía.

—¡Malhaya la hora en que permití a mi mano volar a la espada! ¡Malhaya mi sangre española, heredada de endriagos milenarios! ¡Malhaya mi facilidad para la estocada!...

Nada me decía.

—Padre... ¿no ha de perdonarme? ¿Va a dejarme cargar por siempre con esta cruz en mi conciencia? ¿Tan terrible fue mi pecado?

Tal iba a ser mi destino, al parecer, pues el cura no modificó ni un ápice su fría expresión. Me retiré, entonces, acongojado y llorando. Por

desgracia, mi estocada había sido demasiado certera. Su corazón, agujereado, ya no le daba vida para responder. ■

JULIO CARRERAS (h)

Nació en Guasayán, Santiago del Estero, Argentina, en 1949. Músico, escritor, periodista y pintor, durante la última dictadura militar sufrió junto a su esposa la tortura y la cárcel. Ya en democracia editó la revista *Quipu*; y luego dirigió el suplemento de Cultura y Educación del diario *El Liberal*. Es autor de ensayos y poemarios. *Arrepentimiento* apareció publicado en la revista *Puro Cuento*, N° 19, Noviembre de 1989.



SALTA

El circo

Liliana Bellone

Esa tarde entibiada por el aire de octubre subí a la terraza. Desde allí podía verse todo el pueblo y la vía del tren que se internaba en la llanura en una distancia celeste.

Mi padre estaba sentado en el sillón de piedra que había mandado construir cuando compró la casa, la más grande del pueblo, con diez habitaciones, sala, galerías, sótano y una bohardilla cuyo tejado terminaba en punta. Me senté a su lado en uno de los bancos de piedra, junto al asiento principal, frente a una mesa también de piedra.

Vi que los helechos, siempre cuidados por Helena, parecían totalmente quemados por el sol. Pensé en regarlos y me disponía a bajar para buscar agua cuando mi padre me retuvo con un gesto y me señaló hacia la calle donde había comenzado el desfile del circo que acababa de llegar al pueblo. Todavía recuerdo el colorido de los payasos, de los equilibristas, los bonetes de los perros y en especial a un trío de damas con antifaz que miraban insistentes hacia donde estábamos nosotros.

Seguramente Helena con su buena disposición, benevolencia y hospitalidad les había abierto la puerta y las había invitado a pasar porque aparecieron en la terraza y se sentaron en los bancos de piedra. Terriblemente molesta, observé que se disponían a tejer y que, sin percatarse de nuestra presencia, murmuraban entre ellas. Estuve a punto de increparlas y decirles que se marchasen pero en el cielo irrumpió una bandada de globos de colores con el anuncio del circo. Los globos

subían, bogaban, se perdían. Entonces mi padre hizo el consabido comentario de su acierto al haber comprado la casa allí, en ese pueblo alejado de la gran ciudad pero unido a ella por la vía del ferrocarril que pasaba justo debajo de nuestra casa, digo debajo porque la construcción estaba en una especie de terraplén o colina, de modo tal que podía vérsela desde varias cuadras a la redonda. En un pueblo con casitas bajas y convencionales, una residencia de piedra de dos plantas y una torre suele llamar la atención.

Tal vez ese fue el deseo de los finlandeses que la construyeron, unos ancianos enigmáticos que jamás hablaban con los vecinos y que un buen día decidieron volver a su patria.

Desde ese lugar privilegiado vimos cómo se alejaba la caravana del circo. Vimos las últimas jaulas y a los niños que corrían detrás. Vimos luego el polvo que se había levantado y que poco a poco se fue disipando en la tarde de primavera.

Es hermoso vivir aquí, dijo mi padre y se quedó mirando a lo lejos. Reparé nuevamente en las mujeres extrañas que cortaban lana y ovillaban. Ya no me molestaron. Pensé que habían huido del circo y que estaban ahí para esconderse.

A lo lejos comenzaba a verse el humo del tren que se acercaba. Mi padre insistió en que ese era el mejor lugar del mundo para vivir. Yo miré al cielo y vi las nubes suspendidas en la serenidad de la tarde. Sentí el silencio y, como siempre, en lo más íntimo, en la más profunda conciencia, estuve de acuerdo con sus palabras.

De pronto lo miré y el estupor me sobrecogió, me acordé de que él había muerto hacía seis años. Recordé asombrada que mi padre estaba muerto, pero me invadió un raro alivio. Me di cuenta de que eso era la muerte.

Y nos quedamos contemplando en silencio el atardecer desde la terraza. ■

LILIANA BELLONE

Nació en Salta capital en 1954. Poeta y narradora, se graduó como profesora de Letras en la Universidad Nacional de Salta en 1977. Publicó los siguientes poemarios: *Retorno* (1979), *Convergencia* (1986), *Elegía en primavera* (1988), *El Cazador* (1991), *La travesía del cuerpo* (1992) y *Voluntad y otros poemas* (1993). Obtuvo diversas distinciones, entre ellas, del Fondo Nacional de las Artes (1978). Este texto fue tomado del libro *Cuentos*, Salta (1992).

Chica, chica boon

César Antonio Alurralde

Yo le digo a mi mamá que la escuela donde voy es muy veju-ta y a los chicos nos gusta las nuevitas, como esa a la que va una ponchadera de changos del barrio y también mi primo que me hace burla poniéndome la cara fiera con la lengua afuera, y doblandosé las orejas como pantallas. Yo no respondo si lo aguaito y no vaya que le meta un puntazo ahí mismo y salga corriendo para esconderme debajo de la cama. ¡Conmigo no se la va a surtir! Y si me sigue jodiendo le voy a untar moco en la cara como la otra vez, aunque se largue a llorar y le vaya con alcagüeterías a la tía. Ella dice que soy la piel de Judas, aunque no sé quién es ese coso; y todo porque no lo conoce a su nenito que se hace el santito delante de ella, pero que chorea guita y se compra unas tortitas de leche por montones que se las morfa solito sin convidar el muy caguila. ¡Ojalá se quede quisquido!

Hoy la Señorita de Música y Canto nos ha hecho cantar un poquito a cada uno parados al lado del piano que ella aporrea. Después me llama para decirme que tengo una voz bien donosita y que estoy seleccionado para la fiesta de aniversario de la escuela. Somos doce los elegidos que nos sacan todos los días en la última hora de clase para las prácticas. Yo estoy chocho y palanganeo a lo loco; lo único fule es que por las tardes también tenemos que ir a su casa para seguir con los ensayos, donde cantamos y bailamos haciendo unos pasos más raros que no sé qué. Y ella dice que como somos unos batatas y faltan pocos días para la fiesta de la escuela, estamos meta y ponga dándole groso hasta que salga como la gente. El disco ya está rayado de

tanto ponerlo en la victrola y hasta creo que se ha gastado una cajita de púas. La letra del canto la sabemos porque es bien facilonga y dice así: “Ven a bailar mi chica, chica bunchi, ven a cantar mi chica, chica bunchi, a, a, a, e, e, e”, y así repitiendo una montonera de veces hasta que la Señorita nos hace señas para que paremos, y moviendo las manos como saludo vamos saliendo por los costados.

Todas las mamás se han juntado para comprar de la misma tienda la tela porque así sale más barato. Ya nos tomaron las medidas y cada una se encarga de hacer la ropa igualita al modelo que les dio la Señorita. ¡Bah! Yo no quiero ni contarlo porque tengo más rabia que no sé qué, pero aunque me da vergüenza igual te lo digo..., total. No sé si sabes que mi escuela es de varones solamente y en el número que preparamos, seis hacen de varones y seis de bailarinas, donde y cuándo no, me ha tocado hacer de chinita. ¡Ni minga, para otra vez no me agarran más! No sé quién diablo le ha contado a mis compañeros del grado, que me joden todo el día caminando con las piernas juntitas como maricas; de seguro que alguno de los que se hacen los galanes se ha encargado de desparramarlo por toda la escuela, total a él no le va ni le viene. Pasado mañana ya es la fiesta y hoy ensayamos por la tarde con los trajes puestos. ¡Huy! Qué ridículo me veo con esa falda rosadita bien cortita y un moño en la cabeza. Para colmo hasta me pintaron la cara con el colorete y los labios con el rouge, como también las cejas y las pestañas con un lápiz negro bien grueso y pastoso.

Parece que la fiesta es importante porque adelante están sentados el Presidente del Consejo, los vocales, la inspectora general, la Dire con la cara bien empolvada y el guardapolvo almidonado como cartón, el cuerpo directivo de la escuela, padres de los alumnos y atrás parados en fila los changos de todos los grados con sus maestras. Algunas madres comedidas piden que le guarden el asiento y se llegan a las corridas hasta la pieza ubicada al costado del escenario, donde estamos escondidos, para pintarrajearnos un poco más, acomodarnos los vuelos y darnos recomendaciones que ni siquiera atendemos. Parece que también hay discursos y versitos que apenas los escuchamos. Nuestro número es el final como “broche de oro y cierre del acto” como le oí decir a no sé quién. Temblamos de la emoción y todos hablamos a la misma vez y se escuchan chistidos para que hagamos silencio porque falta muy poquito para entrar en escena. Una de las madres que hace de campana espera en la escalinata cuando mete la cabeza para avisar que nos toca el turno y se vuelve a los piques a su silla. La Señorita de Música y Canto pone el disco que ya comienza a sonar y le da cuerda a la victrola hasta que se pone dura, la que está colocada sobre una silla del lado izquierdo del escenario, con una bocina verde grandota para que suene más fuerte; y lo cruza corriendo todavía con el telón bajado, justamente para subirlo con unas piolas ubicadas del

costado derecho. Cuando lo levanta y al compás del enloquecedor ritmo del fox-trot, aparecemos en fila india bailando y cantando esa pieza tan de moda. Todo sale hermoso y estamos contentos; el Presidente del Consejo sigue el compás con los dedos, tamborileando sobre la rodilla sin darse cuenta, y se le escapa una sonrisita en esa cara de piedra, con el cuello apretado por su corbata negra de igual tono que su traje. La Directora deja caer una lágrima de emoción y con disimulo mira hacia los costados para ver las reacciones de sus invitados. Seguimos bailando y contagiando alegría a los que nos aplauden siguiendo el compás del ritmo loco. Ya paladeamos el sabor del triunfo y hasta ahora todo va saliendo fenómeno.

De pronto nuestro canto y el baile empiezan a ir a destiempo con el disco. Cada uno hace lo que puede; miramos a la derecha buscando el rostro descompuesto de la Señorita de Música y Canto que con gestos desesperados nos dice que sigamos. Tratamos de disimular y hacemos una de las sonrisas más estúpidas por las chingueadas. La música cada vez más lenta: "Chiiiiiiicaaaaaa, chiiiiiiicaaaaaa, buuuunchiiiiiii, chiiiiiii-caaaaaa". Comenzamos a chocarnos con los pasos cambiados y cada uno para su buche canta como puede. Todo es un despatarro infernal. La gente se ríe a carcajadas agarrandose la panza. El Presidente del Consejo disimuladamente se cubre la boca con un pañuelo bien dobladito para tapar su risa, que se le nota en los ojos que le lloran. A la Directora se le resbalan los anteojos, tose y traga amargo, se para y se sienta varias veces con movimientos nerviosos y cortaditos como un títere. Los changos de atrás nos gritan de todo y nosotros transpiramos de vergüenza y no atinamos ni siquiera a desaparecer por los costados. La Señorita de Música y Canto se tira de los cabellos y allí está vacilante sin animarse a cruzar el escenario por evitarse un bochorno mayor, para poder llegar hasta el otro lado y darle cuerda a la victrola que se va callando lentamente: "Chiiiiiiicaaaaaaaaaaaaaa, chiiiiiii...". ■

CÉSAR ANTONIO ALURRALDE

Nació en Salta en 1940 y es un reconocido poeta y cuentista, especialista en cuentos breves y brevísimos. Como narrador ha publicado sus notables *Cuentos Breves* y *Los nadies*, ambos en 1984. Este texto se tomó de este último libro, editado en Salta (1986).

La creciente

Juan Carlos Dávalos

Don Ventura Perdigones era un gallego verdulero que había en Salta. Desde Vaqueros, donde tenía su hortaliza, llevaba todas las mañanas al pueblo una arganada¹ de verduras frescas para vender por las calles.

Vaqueros es un lugar que dista dos leguas de la ciudad, y está situado en la margen izquierda del río de ese nombre.

Y digo río porque se llama así en mi tierra, mal que pese al estricto sentido del vocablo, lo que en invierno apenas parecen arroyos apacibles, y en verano se tornan con las lluvias en formidables avalanchas de barro y piedras.

Una mañana venía el Vaqueros por demás crecido, como dice la gente de provincia. La noche anterior había caído una tormenta en los cerros, y, con tumultuoso estrépito, las turbias aguas arrastraban gruesos troncos y pesados pedrones.

A lo largo de la orilla, numeroso paisanaje a caballo esperaba que pasase lo recio de la crecida para atravesarlo.

Perdigones, encaramado a su asno, estaba allí con las árganas repletas de repollos y lechugas. Quería pasar cuanto antes, sin atender a los consejos de algunos que le señalaban el peligro; y porfiadamente taloneaba a su bestia, y se paraba en los estribos a ver por dónde se lanzaría.

Y Perdigones que sí y el jumento que no, bruto y hombre pugnaban por hacer cada cual su gusto, con grande regocijo y mofa de los presentes.

–No dentre don Ventura. Mire que la creciente lo va a trapiar –decía uno.

–De ande lo han de convencer, si este gallego es más porfiao que una clueca –gritaba otro.

–Asojítese² bien, no sea que se pierda los yolis³ –vociferaba un tercero.

–¡Vaya, vaya, hombre! –contestaba Perdigones–. Paréceme a mí que no hay motivo pa' tanta alharaca. Por lo que es éste, a mí no me gana –decía del asno, y lo molía de firme.

Al fin triunfó Perdigones, si bien más le valiera no haber triunfado; porque zamparse⁴ el burro, desquiciarse de la montura los yolis, y hacerse una balumba⁵ de hombre y bestia, y reatas y verduras, todo fue uno. La rápida corriente los arrastraba.

Los gauchos armaron al punto sus lazos y se los arrojaron al infeliz de don Ventura, que a manotones y zambullidas y vueltas de carnero en medio del agua, ni pudo, ni atinó con los auxilios.

Y mal acaba el lance, si no logra prenderse, con todas las fuerzas que le restaban, a las raíces de un sauce ribereño.

Y ya en tierra firme, pasado el susto, un paisano le dice al gallego:

–Velay⁶, pues, ño⁷ Ventura, aura que se ha salvao, dé gracias a Dios; porque esto ha sido un milagro.

Y el gallego, malhumorado y tiritando, le contestó:

–Hombre, di tú gracias al sauce; que las intenciones de Dios fueron ahogarme. ■

¹ arganadas: cilindros de cuero crudo abiertos por la parte superior que se emplean para llevar a lomo de caballo diferentes mercancías)

² asojítese: sujétese

³ yolis o árganas: recipiente cilíndrico con abertura en la parte superior, de cuero crudo, que se utiliza en el norte argentino, para llevar mercancías a lomo de burro o caballo.

⁴ zampar o zamparse: golpear o castigar

⁵ balumba: desorden, barullo, bochinche

⁶ Vélay: regionalismo que significa algo así como “helo ahí”

⁷ ño: apócope de señor

JUAN CARLOS DÁVALOS

Nació en la villa de San Lorenzo, Salta (1887-1959). Poeta y narrador, fue una figura prestigiosa y popular en su provincia y en todo el Noroeste Argentino, desde donde irradió su influencia hacia todo el país. También autor de canciones populares, su apellido es hoy sinónimo de cultura de su región. Se desempeñó como profesor universitario, y perteneció a la Academia Argentina de Letras. Algunas de sus obras son: *El Viento Blanco* y *Cuentos y relatos del norte argentino* (1946) al cual pertenece el texto que aquí se transcribe.



JUJUY

El ankuto pila

Jorge Accame

En casi todas las selvas del norte argentino existe un animal que raramente se muestra a los ojos del hombre. Es esquivo y sabe ocultarse con extraña habilidad. La gente lo llama ankuto pila. Se trata de una especie de oso flaco sin pelo (*pila* significa en quichua precisamente “pelado” o “desnudo”), no mayor que un perro ovejero, con orejas de mono, cuerpo fofo (pero, paradójicamente, provisto de una fuerza descomunal) y pellejo sobrante y suelto que se desdobra abdomen abajo como las olas de un arroyo. Algo parecido al Aye-Aye de Madagascar, aunque de color pardo claro y brillante y sin ojos saltones. Aún nadie ha podido estudiar bien sus características; se cree sin embargo que pertenece a la misma familia del coatí.

Los contados campesinos que han cazado un ankuto (casi siempre cachorros que han perdido a la madre) y lo mantuvieron en cautiverio, pudieron comprobar sus propiedades de rastreador. Este animal sirve para rastrear cualquier cosa, pero su instinto parece conocer una principal obsesión: es un sabueso infalible para hallar víctimas heridas o muertas por grandes felinos.

Hace tiempo, en la provincia de Jujuy, por la zona del Ramal se registró una historia de la que muy pocos supieron.

Me la refirió en San Pedro uno de sus protagonistas, Daniel Naser.

Por los sesenta, Daniel era un hombre joven con fama de picaflor. Las familias de media docena de niñas lo buscaban para cobrarle

cuentas de amor pendientes, pero él siempre se las ingeniaba para prorrogar los plazos.

Aquella noche, calurosa y húmeda, había ido con Clara Singh a dar un paseo. Sobre ellos caía la constante nieve negra de la carbonilla. Entre los meses de marzo y octubre, en los campos del Ramal se quemaban los rastrojos de la caña de azúcar y ascienden al cielo largos y delgados tirabuzones de hollín, que luego bajan mansamente y tiznan de negro todo lo que tocan.

La pareja alcanzó el borde de la plantación y se recostó sobre el pasto.

Naser besó a Clara y luego, al apartarse de ella, descubrió por sobre su hombro la cabeza de un tigre en el cañaveral. Tratando de mantener la calma, le avisó a su amiga y los dos se pusieron de pie lentamente. Se dirigieron a un estanque que cerca de allí formaba la acequia de riego. Con la piel erizada en sus espaldas, caminaron unos pasos, mientras el jaguar se movía tras ellos y hacía crepitar muy suavemente las hojas de las cañas. Daniel Naser nunca supo qué sucedió con Clara. Al llegar al estanque vio a un niño sumergido hasta el cuello y eso lo distrajo un segundo. Cuando se volvió, la chica ya no estaba. Se introdujo en el agua y allí, junto al niño, aguardó sin querer los rugidos y los gritos de terror. Sin embargo, no escuchó nada. Durante los extensos minutos que permaneció en el estanque, sólo pudo percibir el ronroneo de la acequia y el breve oleaje golpeando contra la orilla. O su propio jadeo agitado, cuando las puntas de algún pasto le acariciaban los pelos de la cabeza. O la respiración del niño, que no dejaba de mirarlo desde la oscuridad y a quien recién entonces reconoció como Marcos Singh, el hermano menor de Clara. Daniel supuso que lo había enviado su padre para que los siguiera.

Aunque aquella calma los inquietaba, de golpe y sin decirse nada, decidieron abandonar el refugio y correr a las casas.

Al rato regresaban con familiares y perros horadando la noche.

No encontraron ni rastros de Clara.

El padre de la chica era el único poseedor en el pueblo de un ankuto pila y al amanecer lo sacó de su jaula. Una partida de hombres, entre los que el viejo Singh aceptó a Daniel, salió rumbo al monte. Naser describe al padre de Clara como un campesino de mirada intensa y pocas palabras, temido por sus explosiones de furia inesperadas. Ya anciano, en una pelea, le había cortado el brazo, con un golpe limpio de machete, a un muchachón cargoso que insistía en hablar mal de su mula.

Los hombres caminaron por horas dentro del monte, llevando al ankuto atado con correa y collar. El animal iba andando en cuatro patas, con un trotecito que hacía temblar su cuerpo como una gelati-

na; de pronto, en un descampado se irguió frente a una gran arboleda. Se paró sobre las patas traseras, abrió grande la boca y pegó un grito. Es curioso, pero los gritos de estos animales cuando hallan lo que buscan tienen algo de madre desesperada, como si supieran en qué condiciones están las víctimas antes de que nadie haya podido verlas. El ankuto miró fijamente hacia un punto entre la espesa muralla de árboles. Con un tirón se soltó y se lanzó a correr. Al principio corría parado, como un mono, pendulando hacia uno y otro lado, de manera que a los hombres se les hacía posible seguirlo a corta distancia. Pero a los pocos metros retomó su posición natural y emprendió una carrera a toda velocidad, desapareciendo en las altísimas matas de pasto.

Lo encontraron a la media hora, entre los quebrachos. Se hallaba sentado en el piso, cubierto de sangre, y parecía abatido; casi ni se movió cuando los hombres se acercaron. A pocos metros había una familia de jaguares, es decir, lo que quedaba de ella. Los cachorros estaban desmembrados; había pedazos esparcidos por todas partes, arrancados por una fuerza no terrestre. La madre de los tigrecitos colgaba blandamente de la rama de un árbol, con los huesos rotos, como un muñeco de trapo.

Los hombres nunca pudieron convencerse totalmente de que el ankuto hubiera sido capaz de semejante matanza. Sin embargo, no había huellas de ningún otro animal y los cuerpos de los jaguares aún estaban calientes.

Inútilmente, revisaron cada palmo de terreno varios kilómetros a la redonda. La muchacha no apareció. Pero sabían que el ankuto no se equivocaba. Clara había sido devorada por los jaguares, aunque jamás pudieran hallar las pruebas. Al día siguiente, regresaron a las casas con el ankuto que se dejó conducir dócilmente sujeto a la correa.

Un último dato: Daniel Naser fue aceptado por el viejo Singh como parte de la familia. Entre ellos no volvió a mencionarse el nombre de Clara.

Daniel se casó a los pocos años con otra de sus hijas. ■

JORGE ACCAME

Nació en Buenos Aires en 1956 y vive en Jujuy desde 1982. Como profesor de Letras ha ejercido la docencia a nivel secundario y universitario. Algunas de sus obras son: *Días de pesca*, *¿Quién pidió un vaso de agua?*, *Cuarteto en el monte*, *El jaguar*, *Diario de un explorador*, *El puente del diablo*; y obras de teatro como *Pajaritos en la calle* y *Casa de piedra*. El cuento "El ankuto pila" fue tomado de su libro *Cumbia* (Buenos Aires, 2003).

Sueños de madre

Carlos Hugo Aparicio

48

A mi hermanita la mandaron contra su voluntad por una semana a lo de la abuela ¿dónde más? a ver si alejandola un poco de ese mecaniquito mi vieja consigue que se peleen, lo olvide

ella merece otra cosa, alguien más mejor, no semejante rasca malatrasa, estas chicas de hoy, y una que se desvive soñando con casarla como la gente, no con un cualquiera, menos un grasa como ése, en fin, Dios y la Virgen quiera que allá lejos se le pase el arrebato, si no qué

y ya hace dos meses que no vuelve, ni contesta las cartas que por qué tengo siempre yo que escribirle; y mi viejo en camiseta malla

también el correo anda como la misma mona y ni debe haber cartero en medio de esos cerros, no sé cómo mi mamá aguanta vivir ahí

la voz ronca, escarbando sé los dientes con una pajita de escoba, no oye después o se hace el de no oír

qué mejor, así ésa no jode aquí con sus gualichos, bruja del diablo

el entredientes de mi vieja mientras enjuaga el balde para ir cuando refresque un poco a traer agua del caño del otro lado de la ruta, y más bien le clava a mi hermano sus ojos irritados, con ojeras, refregandose ahora la barba de días

che, vas a tener nomás que ir vos a traerla cuanto consiga para el pasaje, estamos?

mi vieja deja de mirar la lejanía de los cerros azules

de paso maver fijáte si ese roñoso no se anda por ahí, hace rato que no lo veo ni en la esquina, no sea que se estén los dos juntitos, y esa hechicera encima los apaña, una no sabe qué pensar ya

y vuelve a sentarse para seguir machacando con una piedra el clavo del zapato que le lastima; mi viejo no quita sus ojos del agua de lluvia enturbiada en los charcos de la calle bajo el sol que pica más en la resolana que si salgo me hace lagrimear sin querer; y a mi hermano mayor se le debe trancar la saliva porque se va a perder el Campeonato Relámpago y el baile del sábado en el club de basque.

Pero fue a traerla. De eso acaba de hacer otro mes, y tampoco contestan ni el telegrama que no comimos dos días por mandarlo urgente

qué carajo les pasa a éstos, también mi mamá cómo pues les permite quedarse, ¿tará jodida mi mamita, che?

la que aparece en persona al mediodía se baja resoplando del taxi un bolso en una mano y un atadito en la otra es justo mi abuela, pañuelo blanco en la cabeza, transpirada la cara redonda, el batón azul a media canilla y mocasines negros; mi viejo tropezando en los huellones secos de la calle, terminándose de poner la camisa, abotonándola las apuradas la sale a alcanzar

pero mamita, ve, qué milagro, qué hace usted aquí, ¿y los chicos, mamá?

mi vieja detrás de mí carraspea, tose y después de escupir sobre el piso se va rengueando y dele murmurar seguro a acomodarse un poco los cabellos canosos, a ajustarse la blusita sobre su pecho chato. Mi abuela deja en el suelo sus dos bultos

hijo, hijito, gusto en verte, ¿qué? ¿los chicos?, pero hijo, mirá, así qué van a querer volver, mirálos hijo, mirálos bien, hijito

y jadeando todavía saca de su bolsillo una foto; me arrimo también, me asomo en puntas de pie, y cierto, es en colores, y están los dos, desconocidos están, más altos creo, han engordado, y mi hermanita hasta de minifalda, y ya casi les siento la risita, y yo trago saliva áspera, y me tira el estómago, y eructo, y me arden los pies dentro de las zapatillas de goma con la planta por agujerearse

y ustedes en cambio un palo de flacos, mirensé, tísicos ya ¿qué no? ¿no les da pena?, a ver qué puedo hacer yo, ¿y la negra ésa?

mi vieja trigueña tirando a blanca reaparece acomodándose la blusa por dentro de la falda cada vez más holgada

hola, hola, qué sorpresa, ve pues la señora, qué tal, qué tal doña, no la esperábamos por aquí, qué bien ¿y los chicos?, ah?

mi abuela qué va a contestar y ni permite que mi viejo le ayude con sus cosas, apenas le gruñe, mirála vos, a mi vieja que tiene que hacerse a un lado para que ella dele persinarse se meta como dueña adelante en el cuarto

tan peor que nunca ustedes, ¿y siguen con este sucucho?, mi Dios, hijo, los chicos me contaron cada cosa, pobre mi hijo, si me hubieras hecho caso a mí

es que, mamá, no hay laburo, apenas changuitas y no todos los días, qué quiere que hagamos, ah?

mi vieja trae la menos peor de las dos sillas, la pone por ahí, sin limpiarle el polvo, la deja; ahora se apresura en alzar del piso el lavador desportillado y uno de los tarros puestos para las goteras; no me animo a mirarle la cara, los ojos; y tratando de caminar normalmente sale de la pieza

y qué han comido hoy ustedes, hijo

y, mamá, un guisito de fideo... en serio, mamá, se lo juro

yo eructo el gusto al jarro de mate cocido caima, agatas tibio y sin pan, y disimuladamente me limpio los ojos con la mano

¿no quiere servirse usted un platito?

no, hijo, no, no, gracias, dejá nomás, ¿qué hora es?

y deben estar siendo la una, mamá, o menos

ajá, entonces tengo tiempo, hijo, a ver, rápido, rápido, limpien bien la mesa, vengan todos, ésta también que venga, pero apurensé, vamos, vamos

y mi abuela cada vez más chillona se apura lo que puede en acomodar así nomás el bolso y el atadito sobre el primer cajón que encuentra, se ajusta el pañuelo en la cabeza, se cuelga del cuello un crucifijo plateado, con ambas manos se saca la transpiración de la cara como si se la estuviera lavando y después agarra la silla, la sacude y la ubica casi sobre el umbral de la puerta

vayan ocupando sus sitios en la mesa, vamos, ligero, ligerito

como para sentarse de espaldas a nosotros y de frente a los cerros azulinos del oeste y a la luz del sol que ya comienza a meterse al cuarto; y se sienta y se levanta varias veces, cambia la posición de la silla hasta que parece conformarse y la deja ahí y se da vuelta a mirarnos; ya mi viejo trajo la otra silla, mi vieja refregó rabiosamente la madera de

la mesa hasta sacarle lustre, y yo arrimé la banqueta para ella y el par de bloques de cemento uno encima del otro para mí, y nos sentamos los tres sin dejar de mirar cómo mi abuela con cara congestionada y ceño fruncido asiente, hace la cruz en el aire como el cura en la misa de la capilla y nos mira fijamente primero a mi viejo, después a mí

ajá, oigan bien, nada de preguntas, haganmé caso a mí, oiganmé, piensen bien fuerte en lo que les gusta servirse, cierren los ojos y piensen, ya, ya, ya, eso, así, así, piensen, piensen, y cuidadito con abrir los ojos, abranlós recién cuando me sientan roncar, y sirvansé rápido que no queda mucho tiempo

y se calla y se debe dar vuelta para irse a sentar en la silla que cruje y se debe estar acomodando que la silla rechina más, y se oye como si rezara, y yo aprieto bien los párpados y a mí en lo oscuro se me hace agua la boca amarga y me viene una modorra que no aguanto y cabeceo por dormirme y no sé cuanto tiempo pasa y recién cuando oigo clarito los ronquidos abro medio adormecido todavía los ojos húmedos y la boca también la abro que se me chorrea la poca saliva, y me han puesto un plato repleto con una milanesa, dos huevos fritos y papas fritas mejor que los que me imaginaba con todas mis fuerzas, hasta con rodajitas de limón, acordandomé de los “Dos Chinos” del centro, y una naranjada grandota, y destellan los cubiertos y el vaso transparente sobre el mantel rosado, y mi viejo en la cabecera, tamaños los ojos, se pasa y se repasa la lengua por los labios delante de su platazo de loco humeante, el platillo de cebollita verde, el de salsa criolla y la botella de vino tinto y el sifón de soda, y mi vieja ni se fija en su platito con ensalada de berro, carne y papa picadas, sino mira sin pestañear, la boca refinada de apretada, más adentro que nunca las mejillas, los puños sobre la mesa, mira y remira por saltarle chispas de los ojos a la rubia de pie detrás de mi viejo, jovencita y sonriente, los labios bien pintados de rojo, y con una blusa tan escotada que se alcanza a ver sus dos pechos blancos más cuando se agacha a abrazarlo, a acariciarle la barba de días con sus manos donde brillan los anillos y la malla dorada de su relojito pulsera, a besuquearle cargosamente los cabellos, a tratar de besarlo en la boca, sin que mi viejo ni cinco de bolilla le de por ponerse a comer quemandósé, y yo tampoco, con esta barriga que me tironea como nunca entre los ronquidos cada vez más fuertes de la abuela. ■

CARLOS HUGO APARICIO

Nació en La Quiaca, Jujuy, en 1935, pero desde los 12 años reside en Salta. Es autor de varios libros de poemas, entre ellos *Pedro Orillas*, *El grillo ciudadano* y *Andamios* y de volúmenes de relatos entre los que se cuentan *Los buitros*,

Sombra del fondo, La familia tipo y Trenes del sur. Fue director de la biblioteca provincial Victorino de la Plaza de Salta y residió en los Estados Unidos, adonde fue becado. Este cuento fue publicado —respetando la ortografía y sintaxis del original enviada por el autor— en *Puro Cuento* N° 19, noviembre de 1989.

El circo

Héctor Tizón

La casa era de adobe, de gruesas paredes descascaradas, viejas, pero que aún dejaban ver que en cierta época estuvieron pintadas de blanco. Hacia los fondos una hiedra intentaba, cada primavera, llegar al techo, pero se quedaba siempre, con sus largos innumerables dedos delgaditos agarrada al borde de un hueco como ventana —ventilación abierta a combo para la fruta depositada en el galpón— y allí comenzaba a morir, metiéndosele la muerte, amarilla y fría, por la punta de las guías que luego se iban secando, hasta que alguien las cortaba, mochándolas a golpe de machete.

Adentro de la casa mi primo José yacía en cama, aterido, flaco, con ojos hundidos, siempre pidiendo que le dieran agua. Y mi madre, tía Macacha, Manuela y otros que no conocía rodeando a José, sentados o paseándose en puntillas cerca de la cama, mirándole los ojos, hablando en voz baja con frases cortadas, tosiendo quedamente, o simplemente callados. Yo había andado y desandado mi aburrimiento cientos de veces. Quería volver a mi casa, cerca del río para ver de nuevo cómo mi padre entregaba en el andén las “vía libre” en aros de mimbre a los maquinistas que pasaban haciendo resoplar sus locomotoras, y no estar en la casa de mi primo José. Pero mi madre me dijo que no; que la dejara en paz.

Los días pasaban y yo desde el techo, tumbado sobre las tejas gruesas enmohecidas, miraba hasta que me dolían los ojos de tan abiertos cómo pasaban las horas lentamente, sobre el lomo de las nubes, rumbo al horizonte.

Sólo en las siestas me dejaba estar cerca de José; en las pesadas siestas, en que casi todos caían vencidos por el sueño y el dulce vino de las tinajas del fondo. José no dormía. Yo le contaba del circo.

Había llegado el circo antes que nosotros a la ciudad, instalándose debajo de su enorme carpa remendada, a pocas cuerdas de la casa.

José no sabía lo que era un circo.

La primera vez pagué la entrada, pero a la segunda me di cuenta que podía escabullirme debajo de la carpa a través de ciertos agujeros junto al piso y entonces con el dinero de la entrada compraba esas manzanas cubiertas de almíbar que un viejo vendía adentro.

José no sabía qué eran las manzanas con almíbar, ensartadas en la punta de un palito y yo trataba de explicarle todas esas cosas a la siesta. José me miraba con sus grandes ojos secos, raros. Las jirafas, el mono ciclista, los perros bailarines. Y después todos juntos en la arena cuando salían con ese gran cartel que el elefante levantaba con su trompa, hacia el final, en que todos aplaudían.

Cuando el médico no volvió entró a la casa una vieja de pelo negro y sucio, sin dientes; por tres noches seguidas vino y pude ver cómo envolvía a José en un poncho viejo y luego de encender fuego en un rincón de la habitación con las cortezas que traía envueltas en un diario, en medio del humo lo llamaba: "Joséee... volvéee... Joséee...".

A veces también iba hacia el río, vagando por el borde de los muros de las defensas, mirando a las mujeres cómo golpeaban las ropas sobre las piedras. Luego regresaba y todo eso relataba a mi primo.

Algunos amaneceres me despertaban llantos que salían, ahogados, monótonos, desconsolados, por la ventana para ir a perderse tragados por el silencio.

"Ayúdame", dijo José. De nuevo la siesta se había asentado sobre la voluntad desvelada, vencida de los mayores. Yo fui a contarle cómo había visto en playa dar muerte a un gato colgado de un alambre. "Ayúdame", dijo, "voy a levantarme ya". Se incorporó mi primo sentándose en la cama. Tenía los ojos resplandecientes, hermosos, los cabellos lacios, largos le caían sobre el cuello de su descolorido hábito franciscano. "Iremos al circo", dijo luego; y agregó: "¿Sentís? ¿Esa es la música del circo?". Yo ya le había contado que en el circo unos hombres tocaban música soplando las cornetas; una música alegre, estentórea que daba ganas de pararse, gritar y salir bailando y corriendo por detrás de los caballos enanos.

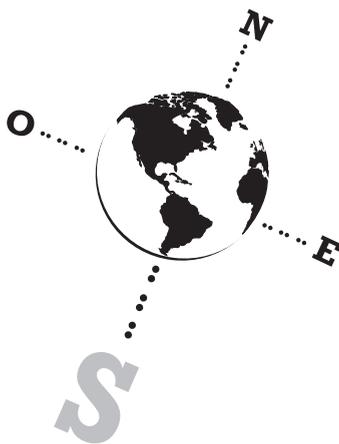
Me pidió que lo ayudara y al abrazarlo palpé su pecho flaco, frágil, blando, sus delgadas costillas evidentes palpitando debajo del descolori-

do hábito de franciscano. Él me abrazó y sentí su cara caliente, húmeda junto a la mía, hasta que pude depositarlo sobre la silla cercana. “¿Sentís la música?”, dijo nuevamente; pero yo no la escuchaba. Levantó los ojos hacia el techo y agregó: “el mono sobre el cogote de la jirafa”.

Luego se quedó muy quieto; recostado sobre el espaldar de la silla; en silencio, con los ojos cerrados. Un alarido largo, desenfrenado hizo que yo por fin dejara de mirar los pequeños, flacos pies de José que hacía rato habían dejado de oscilar. ■

HÉCTOR TIZÓN

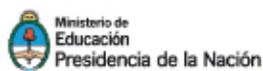
Nació en Yala, Jujuy, en 1929. Además de escritor, el más destacado novelista del Noroeste argentino, es abogado y juez, vive en Yavi, Jujuy. En su obra el paisaje juega un rol fundamental, así como la desolación de sus personajes. Su obra fue traducida a varios idiomas y ha recibido muchas distinciones. Algunas de sus obras son: *El traidor venerado*, *La casa del viento*, *El hombre que llegó a un pueblo*, *El gallo blanco*, *Luz de las crueles provincias*. El cuento “El circo” fue tomado de *Cuentos de Jujuy*. Selección para Jóvenes. Selección y notas de Jorge Accame. Univ. Nac. Jujuy, 1998.



Narrativa Cardinal Argentina

Este libro se terminó de imprimir en el mes de
Septiembre de 2010 en Cooperativa de Trabajo Artes Gráficas
el Sol Limitada, Av. Amancio Alcorta 2190, Pque. Patricios,
Ciudad de Buenos Aires.

CATAMARCA TUCUMÁN SANTIAGO DEL ESTERO SALTA JUJUY



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación



Ministerio de
Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional
y Culto
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA NACIONAL
DE LECTURA



Argentina, cultura en movimiento
cultura in motion | cultura in bewegung

Instituto Promocional 2013
Instituto de Promoción
2013
Instituto de Promoción
2013